

De la serie: “sanjuaninos sin curriculum”

## EL “CATORCE”

*Alfredo Miolano\**

*“Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca he de tomar,  
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.”*

**Antonio Machado**  
**(“Soledades”)**

Su apodo venía de la época en que, junto a otros paisanos, arribara desde la localidad de Hurtado para trabajar en la minería del wolfram. Traslomando a pie el torso andino había ingresado al valle de los *Patos Norte* por el paso de *Doña Rosa*<sup>1</sup> y desde allí continuaría con rumbo al Noreste en dirección de las cabeceras del río *San Francisco* para, por último, descolgarse a los distritos iglesianos de “*El Bronce*” y “*La Majadita*”, siguiendo la senda de herradura que aflucía a la *Quebrada de Agua Negra* bordeando el glaciar de *San Lorenzo*.

Debido a la extraordinaria habilidad para localizar las esquivas yacencias de wolframita y sheelita que desarrolló en las vetas iglesianas, los mineros comenzaron a llamarle “*el catorce*”, como si estuviera más allá y a cubierto del fatídico número trece.

Llegamos a conocerlo muchos años después en un escenario distante cuando se ocupaba de la extracción de bentonita a pocos kilómetros de Hilarío, una pequeña comunidad rural del oasis calingastino dispuesta sobre la margen derecha del río Los Patos.

Nuestro amigo acostumbraba trabajar con un equipo mínimo y la compañía de apenas dos “*apires*” que se encargaban de retirar el mineral abatido en los frentes. Para la tarea operaban con carretillas munidas de ruedas de caucho transitando sobre gruesos tablones de álamos dispuestos encima del piso desparejo y húmedo de las labores. De esta manera el mineral era acerca-

---

\* Doctor en Geología, docente de la Universidad Nacional de San Juan.

1 Las coordenadas del paso de Doña Rosa son: 30°33'40" (latitud Sur) y 70°13'15" (longitud Oeste).

do al sector del pique y volqueteado a los tachos, previo a ser izado al exterior mediante un torno rudimentario accionado manualmente.

Cada amanecer “*el catorce*” se desplazaba al frente de trabajo y a la tenue luz del “*chonchón*” procedía a observar el estado de la veta, si ésta mostraba estrechamientos o se ensanchaba, si aparecían guías de estéril dividiéndola, si continuaba sin variantes o torcía el rumbo. Recién entonces tomaba una decisión y atacaba. Usando los barrenos, que el mismo afilaba, a fuerza de combo iba hundiendo en la arcilla primero el más corto, a cierta profundidad procedía a reemplazarlo por uno intermedio y por último, con el auxilio de un tercero, alcanzaba la longitud deseada.

Ejecutados los taladros comenzaba la operación de carga introduciendo el explosivo con la ayuda de un “*atracador*” de madera. Por lo común usaba cartuchos de gelamón y fijaba el fulminante al extremo de la mecha con la fuerza de los dientes. Más de una vez había sido reprendido o advertido sobre esta práctica incorrecta y hasta en ocasiones le eran recordados aquellos accidentes que, en el mejor de los casos, desfiguraban el rostro del imprudente minero. No obstante para “*el catorce*” la pinza de bronce era otra molestia que debía cargar en su bolsa de dura loneta.

Invariablemente al mediodía la bentonita arrancada durante la jornada anterior yacía en la tolva y el frente estaba en condiciones para una nueva voladura, operación que “*el catorce*” practicaba sin auxilio de terceros y cuando el resto del personal ya había abandonado la mina.

Luego de la “*tronadura*” la corriente natural de aire a través de las labores iba disipando lentamente los gases de la explosión. Entonces aquellos hombres procedían a descansar con el oído atento esperando escuchar el motor del camión que traía el agua, las provisiones y otros elementos requeridos por el laboreo para retornar horas más tarde a la ciudad con su carga de bentonita.

Una mañana, sin que mediara aviso previo, el chofer del camión apareció acompañado de un administrativo de la empresa portando la liquidación de cada uno de los mineros, incluyendo la indemnización de ley, el pago del preaviso por despido e instrucciones precisas referidas al vaciado del polvorín y el cierre del campamento.

Con la pesadumbre del caso cada hombre recogió sus pertenencias y fue disponiéndolas sobre el mineral. Sólo “*el catorce*”, permanecía sentado junto al “*collar*” del pique con la mirada distante e inmóvil, al extremo que la ceniza del cigarrillo que sostenía entre los dedos de su mano izquierda ya superaba los dos centímetros.

El chofer se acercó hasta él e intentando un tono consolador le dijo: “*Catorce, no lo tome tan así, con su experiencia pronto encontrará otro*”

*trabajo, seguramente mejor que éste. Prepare sus 'calchas' que nos vamos".*

La respuesta no se hizo esperar: *"Dónde voy a conseguir trabajo con mi edad. Yo solamente se hacer esto y todas las faenas en Calingasta están de para. Ya no se trabaja el sulfato ni la magnesia, ni siquiera se explota el retamo. Voy a quedarme e intentaré hacer unos pesos con los zorros. He visto que cunden quebrada arriba y a esta altura del año el pelo resulta excelente. Al menos es platita segura..."*

Y así decidió permanecer en el campamento, junto a los cerros variados, en medio de la triste soledad del invierno.

Poco tiempo después, un vecino de Hilario en el recorrido obligado hacia las vegas del Tontal, acertó pasar por el lugar. Le sorprendió no observar humo en la chimenea, menos aún el ladrido delator de los perros en tanto que la puerta del campamento se encontraba abierta de par en par. Al ingresar un hedor insoportable confirmó lo peor: *"el catorce"* yacía muerto en su catre de campaña.

Alertada la autoridad policial, luego que se retirara el forense, fueron cumplimentados los trámites de retiro del cadáver. De esta intervención sólo quedó una breve referencia a la escena y el lugar de los hechos: Sobre una de las paredes del campamento se encontraban ocho pieles de zorro colorado estaqueados y salados; en una suerte de hornacina a regular altura estaban el veneno, los guantes de perforista y el cuchillito *"mangurrero"* que usara en la recuperación de las pieles. Sobre el mesón alimentos envasados y una damajuana de vino medio vacía. Encima del cajón, que hacía las veces de mesa de luz, podían verse el *"chonchón"*, la caja de fósforos y un pequeño frasco conteniendo mercurio y a un costado del lecho, estaba la *"chúa"*, que siempre le acompañaba por sí *"aparecía alguna veta o arena con orito para realizar"*.

Nunca, en realidad, llegó a establecerse con justeza lo que en aquel lugar había ocurrido. ¿Fue, acaso, una muerte natural, quizás vinculada con alguna afección cardiaca? Se trató de un descuido en el manejo del veneno o quizás, en un rapto de locura o inducido por la ebriedad, tomó la decisión de ingerir un sorbo de éste...?

Qué dijeron los médicos ya lo olvidamos y del triste destino de *"el catorce"* pocos ya se acuerdan. No se le conocieron familiares y entre los rasgos de su carácter no cuadraba aquello de las amistades estrechas...

Se nos ocurre pensar que vivía en un mundo muy especial, desempeñando una actividad de riesgo casi permanente pero que le permitía enfrentar dignamente la existencia. Cuando ésta se cayó todo aquello que giraba a

su alrededor comenzó a desmoronarse y la angustia, la pena, el rechazo, la exclusión impuesta por un sistema injusto y perverso, terminarían aniquilándolo.

A nuestro juicio podríamos sumar una nueva hipótesis en torno al deceso de “el catorce”, simplemente decir “*que murió de pena*”. No en vano al hurgar las páginas del grueso cuaderno que, a la manera de un diario, le acompañara por mucho tiempo, llegamos a constatar la inclusión de estos versos:

*“Un día quise descender a la tierra  
Al poner el pie en ella me llenaron de espanto  
Esos negros espectros sin piedad hacia el que yerra  
Y sentí que subía a mis ojos el llanto*

*Entonces oí palabras muy duras. Sentí que mi rostro se llenaba de  
frío Y miré que en sus manos,  
manos magras y oscuras,  
se esfumaban mis alas con perfume de estío...”*

Cuando transito por los cerros barrealinos y mis ojos se solazan con los cálidos cromos de las tobas triásicas, no puedo sino imaginar a aquel sufrido minero apodado “el catorce” dialogando en secreto con el viento como convencido de aquellas palabras de Voltaire: “*La más feliz de todas las vidas es una soledad atareada*”.